

1

Sloane

—¡Oh, Dios mío! No puedo creer que estés pensando hacerlo —dice mi mejor amiga, Sarah, cuando abro la puerta de cristal de la tienda de tatuajes.

Aunque jamás lo admitiré ante ella, me estremezco al traspasar el umbral. Nunca he estado en una tienda de tatuajes, así que no sé cómo suelen ser las demás, pero esta es bastante intimidante. La música está alta, el mostrador es negro y cada accesorio a la vista está cromado. Me trago mi repentino estallido de nervios y me obligo a avanzar.

Me tranquiliza saber que este lugar, The Ink Stain, está muy recomendado. Me resulta fácil entender por qué cuando paso la vista por las increíbles obras de arte que cubren las paredes.

«Parece que alguien tiene un talento increíble».

—Sloane, ¿estás segura de que quieres hacerlo? Es decir, tu padre va a subirse por las paredes si se entera —continúa Sarah. Cuando me detengo, ella casi se tropieza conmigo—. ¡Joder! —exclama, parándose en seco antes de que nos toquemos. También está ocupada examinando las paredes.

—Punto número uno; ahora da igual que mi padre se suba por las paredes. A partir de... —Echo un vistazo al interior, iluminado por luces de neón, en busca de un reloj. Cuando lo encuentro veo que tiene forma de cráneo y las manecillas son huesos cruzados, y entrecierro los ojos para leer la hora—. Hace

siete minutos que estoy oficialmente fuera del control de los tercetos hombres Locke. Y este es mi primer acto de independencia.

—Más bien de rebelión —resopla Sarah.

—Pura semántica —digo al tiempo que hago un gesto desdenoso con la mano—. De cualquier forma, voy a hacerme ese maldito tatuaje y nadie me lo va a impedir.

—¿Estás segura de que...? ¿Segura de...? Quiero decir...

Leo la preocupación en sus ojos y la quiero más por ello.

Esbozo una sonrisa suave.

—Estoy segura, Sarah. En serio.

Con un tranquilizador guiño final, avanzo para acercarme a la brillante barra de color negro. Toco el timbre para llamar al encargado.

Mientras esperamos que llegue alguien de la trastienda, recorro las paredes de la estancia, admirando los bocetos expuestos. Solo alguien con el corazón de un artista, como yo, puede apreciar la hábil mano y la mirada experta que hay detrás de aquellas representaciones en grafito.

Una profunda voz masculina interrumpe mi estudio.

—¿En qué puedo ayudarla?

Me vuelvo hacia el hombre, dispuesta a explicarle lo que quiero, pero no llego a pronunciar las palabras. Ninguna de las obras de arte que cubren las paredes puede compararse con la que estoy admirando ahora.

Veo sus rasgos a ráfagas, mientras los rayos de luz inciden en mis ojos, angulosos, masculinos... Las cejas parecen estar talladas en piedra; ojos brillantes, pómulos altos, labios cincelados... Y es su boca lo que estoy mirando cuando veo que se curvan las comisuras. Estoy mirándolo, sí. Lo sé y lo sabe.

—¿Ves algo que te guste?

Mi mirada sube hasta la de él. Sus ojos son oscuros y tienen expresión burlona, lo que hace que me sonroje.

—No —replico de manera automática. Cuando veo que arquea una ceja, me doy cuenta de cómo debe de haber sonado mi respuesta—. Quiero decir que ya sé lo que quiero.

Su otra ceja se arquea hasta ponerse al nivel de la primera y noto las mejillas más calientes. No tengo ninguna duda; ahora están del color de una manzana madura.

—Me encantan las mujeres que saben lo que quieren.

Se me abre la boca. Nadie ha coqueteado nunca conmigo. Todos los chicos que conozco han estado siempre demasiado aterrados por mi familia, así que no tengo ni idea de cómo reaccionar a este tipo de bromas. Aparte de sentirme avergonzada, muy a mi pesar.

«¡Jolines!».

Parece divertirse con mi humillación y se ríe. El sonido es como seda negra que se desliza por mi piel, erizándola con una ráfaga suave y fresca.

Noto más calor en la cara. Sinceramente me da miedo ver el aspecto que tengo en ese momento. No sé qué hacer además de apartar la mirada hacia otro lado, así que eso es lo que hago. Bajo la vista, rompiendo el contacto con aquellos ojos tan desconcertantes, y meto la mano en el bolso para localizar el boceto. Respiro hondo, utilizando la búsqueda como excusa para recuperar cierta compostura. Cuando por fin encuentro el trozo de papel que intentaba hallar, me acerco a él en silencio y se lo entrego doblado.

Lo coge, y sus ojos se encuentran con los míos una fracción de segundo antes de que concentre su atención en el papel. Le observo mientras lo abre y lo estudia durante el instante que tarda en darse cuenta de que está del revés. Después le dedica un examen más detallado.

La luz del techo arroja sombras en su rostro, ocultando gran parte de su expresión. La sombra de las largas y espesas pestañas cubre sus ojos mientras frunce el ceño, concentrado. Espero con paciencia a que termine.

Con un leve gesto de cabeza, alza la vista y sus ojos se concentran en los míos. Desde el otro extremo de la habitación no podía ver de qué color eran, solo que parecían oscuros y penetrantes. Pero ahora los aprecio con claridad; son del azul más

profundo que he visto en mi vida. Me taladran como el acero y me dejan sin aliento.

—Es un diseño muy bueno. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo hice yo —respondo. El corazón se me hincha de orgullo y levita dentro de mi caja torácica.

Durante un instante, veo apreciación en su expresión, pero desaparece cuando comienza a disparar más preguntas.

—¿Está a escala? ¿Son estos los colores que te gustaría utilizar? —se interesa mientras regresa al brillante mostrador—. Por cierto, me llamo Hemi.

«Hemi».

¡Qué nombre tan raro!

—¿Hemi? ¿No es una parte de un motor? —recuerdo bruscamente.

Cuando se gira hacia mí, me da la impresión de que he vuelto a decir algo que le divierte.

—Algo así.

«Hemi. Como un gran motor. Tiene sentido. Parece rápido... y poderoso».

—Yo me llamo Sloane. Y sí, el dibujo está a escala y posee los colores que me gustaría utilizar.

Hemi asiente de nuevo mientras se coloca detrás del mostrador, inclinándose para coger unos papeles.

—¿Dónde lo quieres?

No sé por qué me sonrojo de nuevo, pero así es.

—Mmm... Me gustaría tener la concha de ostra entreabierta en la cadera derecha, hacia la espalda, y las mariposas que salen de ella volando hacia delante. Como si me rodearan.

Sigue asintiendo, pero ahora con el ceño fruncido.

—Mmm... —murmura—. Completa los formularios y luego retomamos el tema y te echo un vistazo. Ahora mismo no estoy trabajando con nadie más.

—De... de acuerdo.

Hemi me explica que estoy firmando un documento con el que doy mi consentimiento para que me haga el tatuaje. Es su

manera de decir «Oye, si meto la pata, te jodes. Tienes más de dieciocho años y me has dado permiso para marcar tu cuerpo de forma permanente. Si no te gusta, ajo y agua. Gracias, y que tengas un buen día». Pero, aun así, no dudo en firmarlos. Sé lo que estoy haciendo. Puede que me estremeciera cuando traspasé el umbral para entrar, pero ahora, después de conocer a Hemi, sé que estoy en buenas manos. Unas cálidas manos capaces.

O quizá solo esté deslumbrada.

De cualquier forma, firmo los papeles con rapidez. Estoy deseando llegar a la parte siguiente.

Deslizo los documentos hacia Hemi por encima del mostrador y suelto el bolígrafo. Él los toma y los baraja para ordenarlos antes de colocarlos a un lado, alzando la vista para mirarme.

—¿Preparada? —pregunta. Aunque él no lo sepa, esa cuestión tiene mucho más significado del que parece. No solo estoy preparada para hacerme un tatuaje.

Y lo mismo ocurre con la respuesta de una sola sílaba.

—Sí —afirmo con énfasis.

Él señala con la cabeza la puerta por la que ha aparecido.

—Entonces, vamos allá.

Se dirige hacia la habitación de al lado y vuelvo a coger la mano de Sarah. Encuentro cierta resistencia.

—¡Oh, no! ¡De eso nada! No me vas arrastrar contigo en esto. Estoy segura de que si estoy ahí dentro me desmayaré.

—¿Qué? Soy yo la que va a sufrir ese millón de pinchazos. ¿Por qué vas a desmayarte tú?

—Por empatía. Por eso.

Ladeo la cabeza.

—Sarah, no seas idiota. Quiero que estés conmigo mientras me lo hacen.

Ella se zafa de mis manos.

—Te quiero, Sloane, pero este lugar es, seguramente, el sitio idóneo para pescar una hepatitis. Es posible que tú la pilles, pero a mí no me va a ocurrir. Si me desmayo, no voy a caer sobre la sangre de otra persona. Así que gracias, pero no.

—Sarah, no hay sangre en el suelo. Eso no pasa.

—¿Cómo puedes saberlo? Esta es la primera tienda de tatuajes en la que entras. ¿O habías estado en otra?

—¿Y? Mira a tu alrededor. Está impecable. Incluso huele a limpio, y sabes tan bien como yo que no es tan fácil conseguirlo con todos los borrachos y gente maloliente que sin duda viene por aquí.

—Estás dándome la razón. Así que no. De ninguna manera —se empecina—. Te esperaré... —añade, alejándose en dirección a una de las sillas de barras cromadas y cuero que se alinean en una pequeña sección de espera junto a la pared— por ahí.

—Bien. Piérdete este momento significativo de mi vida. No pasa nada. Todavía te quiero.

Con un suspiro tan hondo como puedo, me dirijo hacia la puerta. Hemi ya ha desaparecido en la habitación de al lado, así que camino lentamente hacia allí.

Escucho un gruñido de frustración a mi espalda.

—Está bien. —Las palabras son seguidas por los resonantes pasos de las plataformas que calza, cuando se dirige hacia mí—. Que sepas que si me desmayo y pillo cualquier cosa, te tocará pagar todos los gastos médicos y cualquier cirugía plástica que sea necesaria.

Sonrío de oreja a oreja y enlazo mi brazo con el de ella cuando se detiene a mi lado.

—No dejaré que caigas de narices al suelo. Te lo prometo.

—Tú no haces promesas, nunca las haces —me dice, mirándome con cierto escepticismo al entrar en la trastienda.

—No, no hago promesas que no puedo cumplir, pero esta sí puedo cumplirla.

Nos detenemos y miramos a nuestro alrededor. Hay otras dos personas haciéndose tatuajes y nos están mirando. No parece como si estuvieran siendo torturados. De hecho, uno aparenta estar medio dormido... O borracho. De cualquier forma, me hace sentir un poco más tranquila con respecto al dolor, a pesar de los papeles que acabo de firmar.

Sarah y yo seguimos adelante y cruzamos la habitación. La luz proveniente del techo sigue siendo escasa, pero está dirigida estratégicamente hacia las tres sillas reclinables en las que se hacen los tatuajes. Eso hace que en el resto del espacio reine una atmósfera tenue e íntima.

Camino hacia Hemi, que aguarda junto a un pequeño cubículo en la pared del fondo. Está ocupado buscando algo en un pequeño armario que tiene un espejo encima y un carrito al lado, así como una silla para tatuar vacía.

Me dispongo a subirme a ella, pero él me detiene.

—Espera un momento. Dime dónde deseas exactamente la concha de la ostra antes de sentarte. Dependiendo del lugar, vas a tener que ponerte boca abajo o de lado.

Con una creciente sensación de calor en la cara una vez más, giro mi cadera derecha hacia Hemi y señalo el punto exacto donde quiero que tatúe la ostra.

Él se inclina hacia mí y me levanta el dobladillo de la camiseta para, a continuación, deslizar los dedos por mi cadera.

—¿Con las mariposas hacia aquí?

Se me eriza la piel donde siento su contacto y me muerdo el labio. Cuando me mira con esos increíbles ojos azules, asiento con la cabeza.

—De acuerdo, entonces para empezar te tumbará boca abajo —me indica, pisando un pedal en el suelo que alza el lugar correspondiente a los pies y baja el respaldo de la silla hasta dejarla lo suficientemente plana para que pueda tenderme como en una camilla—. Súbete y desabróchate los pantalones —me dice de manera casual.

—¿Perdón?

Sus risueños ojos se encuentran con los míos.

—¿Qué es lo que no has entendido?

—¿Tengo que bajarme los pantalones? ¿Aquí?

—No, solo tienes que desabrochártelos, para que la piel no esté comprimida. Necesito llegar con comodidad a la zona donde quieres el tatuaje.

—Ah —respondo, sintiéndome idiota—. De acuerdo.

Me subo a la silla y llevo la mano al botón y la cremallera. Me desabrocho y me tiendo sobre el estómago. Me gustaría enterrar la cara en los brazos cruzados, pero no lo hago. Me quedo allí, rígida, hasta que Sarah entra en mi campo de visión y se hunde en la silla frente a mí, ignorándome rápidamente cuando se concentra en el teléfono que tiene entre los dedos. La miro durante unos segundos, pero estoy demasiado interesada en lo que ocurre en cierta parte de mi cuerpo para prestarle atención mucho tiempo. Finalmente, giro la cabeza para mirar a Hemi, con la mejilla apoyada en los brazos cruzados. Está sentado en una silla con ruedas a la altura de mi cintura, con un flexo dirigido hacia la parte inferior de mi cuerpo.

Cojo aire y contengo la respiración cuando desliza los dedos por debajo de la cinturilla de mis pantalones cortos. Baja la tela un poco, moviéndome las caderas, y retirándola lo suficiente para poder acceder con facilidad a la zona. Lo que se interpone entre él y mi piel en este momento es la ropa interior.

Observo mientras desliza un dedo por debajo del encaje elástico de mis braguitas para empujarlas también hasta abajo, sin dejar nada entre nosotros, salvo el calor de su mano. Lentamente, frota la palma sobre mi cadera. Una y otra vez, lo hace durante un rato mientras mira el boceto y luego comienza a trazar con un dedo sobre la piel, como si estuviera dibujándolo mentalmente.

—¿Sabes? —me dice, deteniendo la palma sobre la curva mientras el pulgar traza un arco con aire ausente sobre mi cadera—. Creo que quedaría mejor si subiera un poco la concha hacia la cintura para dejar que las mariposas se derramaran hacia fuera, curvándose hacia tu costado en una especie de patrón de serpentina, así —dice, moviendo sus dedos con un lánguido remolino serpenteante hacia mis costillas—. Creo que será más armónico que una línea recta.

En mi cabeza, visualizo justo lo que dice. Y estoy de acuerdo. Sin embargo, tengo muchas dificultades para pensar y responder con sus manos rozando mi piel.

—Me parece bien. Hazlo así; tú eres el experto.

Hemi sonrío y me guiña un ojo.

—Oh, me gusta oír eso. —Se gira de nuevo hacia la mesa que tiene a su espalda y coge un *kit* de preparación, un rotulador y mi dibujo. Pone todo sobre mi trasero—. Es la primera vez, ¿verdad? —No me mira mientras lo dice, por lo que no puede ver el color que hace arder mis mejillas. No sabe cuánta razón tiene. En todos los sentidos. Siendo la hija pequeña de un policía y la hermana pequeña de tres más, tener citas es todo un reto, siendo suave. Si a esa mezcla se añade todo lo que me ocurrió cuando era pequeña, el resultado es una virgen de veintiún años. Para los tatuajes, y para casi todo lo demás.

—Sí —respondo bajito.

Al escucharme, Hemi me mira por fin.

—No te preocupes, te cuidaré bien. —Y por alguna razón, le creo—. Sin embargo, es posible que tengamos que hacerlo en dos o tres sesiones. No quiero abrumarte, y son bastantes mariposas. Además, las costillas son una zona más tierna y delicada.

—¿No lo harás todo hoy?

—No creo. Empezaremos con la concha y un par de mariposas, a ver cómo va la cosa. Luego podemos decidir. No quiero que estés en la silla demasiado tiempo. Puedes pedir una cita y regresar para tatuar el resto.

¿Y verlo otra vez? Sí, por favor.

—Me parece bien.

Hemi hace una pausa, no sonrío ni hay rastro de burla en sus ojos. Esta vez me parece... excitante.

—¿Siempre eres tan dócil?

Antes de soltar una respuesta concisa, coqueta... o estúpida, Sarah habla por primera vez desde que me tumbé en la camilla.

—¡Claro que no! Es terca como una mula.

—Así que es solo conmigo. —Me mira fijamente durante varios segundos antes de hacer una mueca—. Solo dócil conmigo. Me gusta.

Lo único que siento, además del humillante calor que cubre mi rostro, es el roce fresco de una gasa con alcohol cuando Hemi me prepara la piel para lo que está por venir. Apenas noto la humedad; mi atención está concentrada en la cálida mano que apoya en mi cadera, sujetándome para mantenerme inmóvil.

2

Hemi

Trato de ignorar la piel suave y cálida que siento como satén bajo la palma. Intento ignorar la forma en que me mira esta chica, como si quisiera que le terminara de bajar los pantalones cortos. Trato de ignorar el hecho de que, si ella dejara que se los quitara, le haría cosas que la harían sonrojar cada vez que pensara en ellas durante el resto de su vida. E intento ignorar lo mucho que me irrita no disponer del tiempo necesario para explorar a alguien como ella.

Desde la madura edad de catorce años, cuando me acosté por primera vez con una madurita, siempre he preferido a las mujeres con experiencia; cuanto más salvajes, mejor. Nunca he quitado la virginidad a una chica, ni deseo hacerlo. Prefiero a las mujeres que saben lo que quieren y cómo conseguirlo. Y que saben dónde está la puerta antes de que yo salga del cuarto de baño. Son el tipo de ligues que siempre he buscado y que tienen cabida en mi vida. Y, hasta el momento, son las únicas mujeres que me han interesado de verdad. Entonces, ¿qué es lo que tiene esta chica, con sus inocentes ojos castaños y su culo de infarto, para conseguir que mi polla palpite de esta manera incontrolable?

«¡Necesitas sexo, colega!», me digo a mí mismo al tiempo que trazo el contorno de una concha de ostra en la pálida e impecable piel. «Tienes que follarte ya».

Durante un instante, eché de menos al capullo egoísta que solía ser. Al que era antes de centrarme.

3

Sloane

—¿A qué hora llegaste anoche? —me pregunta mi hermano mayor, Sigmund, aunque todos le llamamos Sig.

—Tarde.

—No me vaciles, idiota. Fui a Cuff's con los chicos después del turno. Pasaba de la una y media cuando llegué a casa y todavía no habías llegado.

—¿Y? Ya tengo veintiún años. No tengo que darte explicaciones.

Sig clava en mí sus ojos castaño oscuro, tan parecidos a los míos, antes de abrirlos como platos.

—¡Joder! Estás de coña, ¿verdad? Eso no significa nada. Solo te preguntaba.

Suspiro.

—Lo sé. Estoy cansada. Lo siento.

Sig es solo dos años mayor que yo, y siempre me he sentido más cercana a él que a mis otros hermanos, Scout y Steven. Sig es el juerguista, y nunca me ha protegido tanto como los demás. Scout es malo, pero Steven es peor. Al ser más mayor, papá y él se han erigido en mis guardianes para protegerme y resguardarme como a una princesa para que me convierta en una dama incluso sin una en casa. Por esa razón, me someten a una estrecha vigilancia, aterrorizando a mis posibles amigos y pretendientes, y castigándome cada vez que uso la palabra que empieza por J. Por

eso, solo tengo una amiga, Sarah, sigo siendo virgen y mi maldición favorita es «¡Jolines!». Era acostumbrarme a eso o pasarme la infancia encerrada en casa. Los hombres de mi vida no han llegado a entender nunca que, fuese una dama o no, es difícil escuchar día tras día a cuatro polis mal hablados y no imitar alguna expresión. Pero al final aprendí, por supuesto.

—Pásame la leche —me pide Sig con un codazo. Me pongo de puntillas y cojo la leche del mueble. Sig se gira y me roza la cadera con la funda de la pistola. Siseo, conteniendo el aire al tiempo que aprieto los dientes.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?

—Has hecho un ruido como si te hubiera hecho daño.

—No.

—Lo has hecho.

—No ha sido nada. Me has clavado la funda.

Sig frunce el ceño mirando la pistolera antes de clavar los ojos en mi cadera. Cuando alza la vista tiene los párpados entrecerrados.

—¿Y qué? No debería haberte hecho daño. ¿Estás dolorida? ¿Por qué estás dolorida?

Leo tanta preocupación en sus ojos que sé que no tengo manera de escaparme sin confesar lo que he hecho. De lo contrario, alertará al resto de la familia antes de que pueda acabarme el desayuno.

—Me he hecho un tatuaje —confieso. Cuando Sig abre la boca para gritarme, me apresuro a seguir antes de que pueda escupir la primera palabra—. Y no quiero oír ni una recriminación al respecto. Y será mejor que no se lo digas a nadie, o te juro por Dios que le contaré a Bear cada humillante secreto tuyo que recuerde.

Eso capta su atención. Bear es su compañero y Sig sabe que nunca dejará de tomarle el pelo si le contara ciertas cosas que vale la pena escuchar. Dado que un poli puede usar cualquier información para tomar el pelo, chantajear o humillar a otro poli-

cía, contarle secretos es como entregarle un arma cargada y mostrarle un blanco. Sig lo sabe tan bien como yo.

Le veo apretar los labios y sé que he ganado.

—¿Sabes, Sloane? Deberías tener más cuidado.

—Tengo cuidado, Sig. Siempre tengo cuidado, siempre. Y lo que he hecho ha sido después de pensarlo *cuidadosamente*. Era algo que quería hacer. Deseo disfrutar de los próximos años todo lo que pueda...

—Alto ahí —me dice, alzando una mano—. Ni siquiera se te ocurra terminar esa frase. No quiero oírla. —Cierro la boca. Debería haber imaginado que no podía decir algo así sin remover pensamientos y recuerdos dolorosos. A pesar de que sea verdad—. Déjame verlo.

—Todavía está cubierto por un plástico protector.

—¿Y qué? ¿Es que piensas que no puedo ver a través de un plástico transparente?

De mala gana, bajo la cinturilla del pantalón del pijama por la película que cubre mi cadera. Sig lo mira con una expresión de desaprobación grabada en su cara.

—¿Una concha y dos mariposas? ¿Qué cojones se supone que significa?

—Es que no está terminado. Eso es solo el principio. Habrá más mariposas.

—¿Dónde?

—Subirán por el costado.

—Sloane... —comienza en tono de advertencia.

—Sig —respondo retadora, sosteniéndole la mirada—. Es mi cuerpo, mi vida y mi decisión.

—Pero tú eres...

—Pero nada. Tenéis que dejarme vivir.

Él pone los ojos en blanco.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Qué significa?

—Me siento como si llevara toda la vida protegida en el interior de una concha. Y ahora, por fin, después de tantos años, puedo abrirla y extender un poco mis alas.

—Pero ¿tú sabes por qué ellos...?

—Claro que lo sé, Sig. Y os adoro por ello a todos. Pero en este momento necesito vivir un poco. Necesito tomar mis propias decisiones y hacer mi vida. Mamá fue mamá y yo soy yo. No podéis mantenerme encerrada, a salvo del mundo, en una concha, durante el resto de mis días. Además, no me podéis proteger de algunas cosas por mucho que os esforcéis.

Sig no dijo nada durante un buen rato.

—¿Cuándo te tatúan el resto?

—Volveré esta noche.

—Bueno —dijo, vertiendo una cuchara llena de azúcar en el café—. Eso sí, no dejes que papá te pille al entrar. Ni Steven.

—Ya —convine con un hondo suspiro—. Me había olvidado de que estaba en casa.

—No creo que se quede mucho tiempo. Estoy convencido de que venir aquí no entraba en sus planes. Me refiero a que no es como si hubiera tenido elección. Sencillamente, las cosas no han funcionado entre él y Duncan. Acuérdate de lo que te digo, se largará antes de Navidad.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! Ya está buscando un lugar barato que pueda alquilar por su cuenta.

—¿Por qué no te vas a vivir con él? Podría ayudarlo mucho.

Sig abrió mucho los ojos y la boca.

—¡Muérdete la lengua, bruja! Prefiero comer un plato de mierda de gato que vivir con Steven el resto de mi vida.

—No sería durante el resto de tu vida. Alguno de vosotros podría llegar a casarse en algún momento.

—¿En serio? ¿Vivir con Steven sin nadie que haga de mediador? Créeme, sería para el resto de mi vida. Acabaría siendo como él.

No pude contener la risa. Pobre Steven. Es un gran tipo, pero se toma la vida demasiado en serio y tiende a ser un aguafiestas cada vez que se presenta la oportunidad. Casi como mi padre. Y lo mismo le ocurría a Scout. Bueno, a él algo menos. Supongo

que depende de a cuál de nuestros padres nos parecemos. A Sig y a mí nos gusta la diversión, como a mamá. Pero si soy justa, Steven era mayor cuando mamá se puso enferma, por lo que se vio más profundamente afectado por el proceso. No es que los demás no nos hubiéramos sentido devastados, pero él y papá sufrieron la peor parte. La enfermedad y posterior muerte de mi madre pareció drenar su vida, al menos la parte que hacía que la gente disfrutara de la vida.

—Su vida ha sido dura, Sig. Dale un poco de margen.

—La mía también.

—Sí, la de todos.

—Sin embargo, ninguno usamos esa excusa para comportarnos como imbéciles —razona él—, solo Steven.

—Es su forma de ser, Sig.

—Bueno, sea cual sea la razón, antes en la calle que sumergerme a su mal humor a diario durante un largo período de tiempo. Crecer con él ya fue suficientemente malo.

—Sí, pero fue un buen objetivo para tus bromas, ¿verdad?

Sig me mira desde su imponente metro noventa y sonrío.

—Claro que sí, lo fue. ¿Recuerdas la época que pusimos laxante en los *brownies* que tomaba por su cumpleaños?

No pude parar de reírme al pensar en ello.

—No salió de casa durante dos días. Llegó a pensar que se pasaría la vida en el cuarto de baño.

—Ay..., los buenos tiempos —dice Sig, bebiéndose despacio el café mientras mira con nostalgia por la ventana de la cocina—. Los buenos tiempos...

Y lo fueron. Siempre había habido buenos momentos, incluso en las peores épocas. Por lo general lo son, y he aprendido que siempre hay que acordarse de ellos.

Dejo detrás de mí la oscuridad de la noche cuando entro en la tienda. Lo primero que noto cuando abro la puerta es la música que está sonando en *The Ink Stain*. Una vieja canción que ya he

escuchado antes, una de Stone Temple Pilots llamada *Still Remains*. Hay algo íntimo y... sexy en ella. No sé si la había percibido antes de esa manera, pero lo hago ahora. Esta noche siento cómo vibra, cómo resuena en algún lugar en lo más profundo de mi interior.

La zona de recepción está vacía, igual que anoche. Me acerco al timbre, igual que ayer, solo que esta vez Hemi no tarda tanto; al instante aparece en la puerta de la sala de tatuajes. Lleva una ajustada camiseta, vaqueros ceñidos y botas, va de negro de pies a cabeza y parece peligroso... y delicioso.

Cuando me sonrío, el corazón se me detiene un par de segundos antes de retomar el ritmo.

—Bienvenida de nuevo —me saluda Hemi con una sonrisa antes de mirar por encima de mi cabeza—. ¿Has venido sola?

—Sí —respondo.

—Has llegado justo a tiempo, comenzaba a aburrirme.

—¿Una noche sin trabajo?

—Por extraño que parezca, sí —explica, haciendo una seña con la cabeza para que le siga. Algo que hago al instante.

En la trastienda están apagadas todas las luces cenitales con excepción de las que iluminan la silla que utiliza él. La habitación parece más íntima de esa manera, y el hecho de que estemos solos contribuye también a esa atmósfera intimista.

—¿Solo quedas tú? —pregunto, devolviéndole la pregunta.

—Sí. Todos se han ido ya.

—Podría haber venido antes. No tienes por qué quedarte hasta tan tarde por mi culpa. —Había supuesto cuando me dio la cita que era la más conveniente para él o la única que le quedaba.

Se vuelve hacia mí, rozando con la mano la silla abatida sobre la que me voy a tender.

—Me gusta más el turno de tarde. El mundo parece más tranquilo por la noche. Seguramente esto no tendrá sentido para ti, pero es como si pudiera sentir mejor mi obra. Puedo perderme en ella. Sobre todo cuando lo estoy haciendo a mano alzada, como hago contigo.

—En realidad, te entiendo a la perfección —admito, tumbándome con rapidez en la improvisada camilla—. También soy artista, así que comprendo lo que quieres decir.

Él sonríe y, por un segundo, es como si mi alma se conectara con la suya de una manera que va más allá de las palabras. Me atrevería a decir que solo un artista entendería lo que quiere decir. Y yo lo hago. Definitivamente. Para mí, el dibujo o los bocetos suponen una combinación perfecta de evasión y terapia. Me consumen de una manera catártica. Eso hace que me pregunte de qué traumas quiere escapar, qué heridas necesita sanar.

—Bien, colócate de nuevo boca abajo. Haré las primeras mariposas, y luego tienes que ponerte de costado para que tatúe el resto. Te advierto que duele más sobre los huesos, por lo que los tatuajes sobre las costillas no te resultarán agradables.

Asiento con la cabeza.

—Está bien. Entendido.

—¿Todavía vale la pena?

Asiento de nuevo. Las mariposas son más significativas de lo que le haya confesado a nadie, así que puedo decir sin vacilar que el dolor valdrá la pena.

—Sí —respondo.

Los ojos de Hemi buscan los míos y se clavan en ellos de manera penetrante, como si estuviera tratando de saber de dónde vienen las mariposas, dónde nacieron y lo que he pasado. Tarda unos segundos en hablar.

—Los más importantes siempre la valen —agrega de manera sucinta y enigmática.

Me tiendo boca abajo y cruzo los brazos debajo de la cabeza. Apoyo la barbilla en el hombro para poder mirar a Hemi mientras trabaja. Lo veo llegar a mi cintura, igual que ayer por la noche. Me sonríe y alza la mirada hacia mí.

—Brillante elección —afirma, metiendo el dedo bajo la cinturilla elástica de los pantalones de yoga—. Lo de siempre —añade—. Arriba.

Alzo las caderas y desliza los pantalones y las bragas para dejar expuesta la cadera. Con suavidad, como las alas de mariposa que dibuja sobre mi cuerpo, sus dedos rozan la primera parte del tatuaje. Los escalofríos me bajan por el estómago y la parte baja de la espalda.

Lo veo asentir.

—Tiene buen aspecto. ¿Estás lista para más?

Asiento también con la cabeza.

—Lo estoy cuando tú lo estés.

Respiro hondo al escuchar el zumbido que indica que ha encendido la pistola de tatuar.